

ella se negó a suscribirlas porque Lugones estaba vivo. ¡Hermoso gesto!

Norberto Pinilla ofrece todas estas noticias en su «Biografía de Gabriela Mistral» concisa y bien escrita. El profesor no penetra con pie seguro en el aspecto puramente poético de Gabriela, pero, en cambio, con buen olfato menciona lo mejor entre sus producciones. Allí están los «Sonetos de la Muerte», «Poema del Hijo», «La Maestra Rural», «Interrogaciones», sus romances iberoamericanos y sus prosas para los niños. Un libro útil, informativo y sencillo; bien presentado, además, por la Editorial «Tegualda» de la poetisa Gladys Thein.—L. M. R.



<https://doi.org/10.29393/At251-168HAGK10168>

EL HUALLIPÉN Y LA AOJADA. Cuentos, por *Francisco Contreras*.
Ediciones de la Sociedad de Escritores. Santiago

Dos cuentos gemelos; en su alucinada trama de superstición, y en su desarrollo, que va en ambos hasta el fin en dos sinuosas líneas paralelas, de un paralelismo casi geométrico.

Y no obstante, no tienen nada de geométrico ni de anguloso ni de común en sí mismas estas dos bellas «nouvelles» de Francisco Contreras, el fallecido autor de tantas vivientes cosas de sortilegios y brujerías. En *El Huallipén*, el fondo de la trama es el desmán amoroso, o mejor dicho, erótico, de que es víctima de parte de un supuesto monstruo sobrenatural, una joven e «ingenua soñadora» recién casada; y en «*La Aojada*», un supuesto mal de ojo de que es víctima una muchachita, soñadora también, que ha contraído una ignorada tisis. En ambos cuentos, el lenguaje, y los personajes, y los hechos, muestran una libre expresión vital que determina a la postre la clásica realización del relato. Pocas veces hemos visto tan mesuradamente equilibrados en cuentistas chilenos, las facultades estéticas y los elementos de composición que auna Francisco Contreras en estas dos nove-

litas. Observación psicológica, expresada con sencillo realismo, mas con poética delicadeza; observación del paisaje expresada, no con exactitud fotográfica, sino con movilidad panorámica. Y el relato, sugerente, de acuerdo al ambiente de vaguedad. Y cabal compenetración de la realidad humana dentro del inestable contenido de superstición. Y, dentro de todo, un genuino sabor de cosa chilena... Hasta las meras descripciones, tan propias, tan medidas, tocan a veces, sin esfuerzos ni perjuicios, limites de poesía:

«De tiempo en tiempo, la joven alzaba la frente, dejando ver sus ojos color de agua viva, haciendo temblar a su espalda su gorda trenza de un dorado caliente de maíz reseo. Miraba las lomas abrasadas de claridad, tan próximas que venían a morir en el patiecillo; el camino real que corría a media falda, como una cinta de oro; los barrancos en que algunos álamos temblaban en la luz implacable»

(El Huallipén; pág. 16).

«Delgadita y despelusada como un gatito mojado, la pequeña era, sin embargo, linda y delicada. Rubia de ese rubio pálido de la avena, tenía los ojos soñadores, los labios bien dibujados, las articulaciones frágiles. No parecía hija de aquellos pobres labriegos...».

«Bostezó la chica sacudiendo su abatimiento, y alzó los ojos de un azul muy suave, como el de los árboles distantes».

(La Aojada; pág. 58).

Prosa flúida, armoniosa, de un atemperado calor evocativo. Y el lenguaje campesino, cada vez reproducido con tanta propiedad:

«—¡Auristela!—exclamó la anciana, viéndola dispuesta a partir. Las niñas en tu estado no *han de salir solas*...».

«El viejo alzó la cabeza que el sombrero de paja ocultaba, mostrando la arrugada faz circuida de barbas ralas, en la cual rojeaban los ojos fruncidos, legañosos.

—¡Válgame Dios!—exclamó, deteniendo el machete en el aire. «*Adónde va la flor tan solita* ».

(El Allipén; pág. 27).

Delicadeza y finura de expresión—quizá ancestrales—, persistentes bajo la asalariada pobreza de algunas gentes de nuestros campos, ignorantes por condición, mas no vulgares de sensibilidad. La alerta sensibilidad del autor las ha cogido felizmente.

Estos dos hermosos cuentos, tan debidamente editados en pulcro volumen por la Sociedad de Escritores de Chile, son dos columnas del pórtico que nos anuncia las próximas ediciones y reediciones de las obras de Francisco Contreras, uno de los escritores nuestros más honestos, laboriosos y generosos, y más chilénamente castizos—a pesar de su larga permanencia en el extranjero—, y más chilénamente olvidados...—GUILLERMO KOENENKAMPF.



A PHILOSOPHER'S CONFESSION

En el ejemplar de «Latin American Thought», correspondiente al mes de enero, que edita John H. Hershey en Bridgewater, Miss. Estados Unidos, aparece el siguiente comentario